

Javier Ugarte Tellería: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, XII+478 págs.

Una prueba más de la inmejorable calidad demostrada por la «Colección de Historia» que, bajo la dirección de Juan Pablo Fusi, acaba de lanzar Biblioteca Nueva, y de la que ya han aparecido algunos títulos en el mercado, es este libro de Javier Ugarte Tellería sobre las raíces culturales y sociales del 18 de julio en el País Vasco y Navarra. Con esta obra, quizás el mejor libro relativo a la historia contemporánea de España publicado en 1998, su autor pone de manifiesto, como ya lo hicieran antes otros, la buena salud y el excelente momento que atraviesa la historiografía contemporaneísta vasca, sin duda una de las más pujantes de nuestro país.

La influencia diversa y plural de los maestros que en su día enlazaron estos mimbres (Tunón de Lara, González Portilla, Olábarri Gortázar o el propio Fusi) explica, claro está, el goteo permanente de autores jóvenes que han ido surgiendo después: desde los Castells, Montero, Garmendia, Arana, de la Granja o Fernández Sebastián—por citar algunos de los más relevantes miembros de la primera hornada de herederos—hasta los Rivera, Ortiz de Orruño, Ruzafa, Aizpuru, Olabarriá o el mismo Ugarte, integrantes de la última generación. Junto al citado magisterio, la

pujante producción actual posiblemente tenga que ver también con el hecho de que la inmensa mayoría de los historiadores vascos—como el conjunto de su clase intelectual—no se hayan dejado seducir por las sevindumbres teológicas de la mitología nacionalista ni se hayan visto atrapados por oportunismos de coyuntura política (léase subvenciones) inherentes a las mismas.

Buenos maestros, por tanto, lucidez mental, honestidad científica y también una enorme curiosidad, una avidez sin límites por explorar horizontes metodológicos no ensayados hasta ahora, tales son las razones que se esconden detrás de esta bonanza. Razones que se pueden aplicar al libro y al autor a los que va dedicada esta reseña. Porque en *La nueva Covadonga insurgente* Javier Ugarte no se limita a brindarnos un estudio más sobre el carlismo. Lo que verdaderamente destaca en este trabajo es su inteligencia, lo ingente de las lecturas que ha digerido, su honradez, su independencia, y, por encima de todo, la fortaleza de las innovaciones metodológicas que despliega. Innovaciones poco frecuentes, por habituales que hayan sido las llamadas realizadas en los últimos años sobre la necesidad de estudiar redes socia-

les, de conocer las conexiones entre las élites y el cuerpo social, de incorporar la perspectiva de la vida cotidiana, de asumir enfoques culturales en los estudios históricos o de aplicar el método comparativo. En la práctica, como ocurre con la mayoría de las modas, no se ha sobrepasado el escalón de las buenas intenciones, del mero enunciado, salvo muy contados y honrosos casos.

El de Javier Ugarte es un análisis de cultura política pura y dura..., ese análisis de cultura política del que todo el mundo habla y pocos aplican en la práctica. Cultura política y aún mucho más: redes de sociabilidad, estudio de élites, vínculos de patronazgo, tradiciones, costumbres, cultura popular, combinación de planos (de la historia individual o familiar de personas desconocidas a los grandes grupos anónimos o a los personajes destacados) y perspectivas comparadas (local, nacional, europea). Todas estas dimensiones y otras se encuentran aquí sabiamente engarzadas, en una construcción donde el autor combina el enfoque histórico con el antropológico (aunque también se ve influido por la sociología y la ciencia política), no descuida el estudio de las fuentes más convencionales (prensa, memorias, archivos personales y públicos...), y al mismo tiempo recurre a más de un centenar de entrevistas de gentes que vivieron los acontecimientos que se analizan. Todo ello aderezado con un pulso na-

rrativo excelente que hace asumibles sin apenas esfuerzo las casi quinientas páginas de que consta el libro (inclusive las notas que, aunque fatigosas de seguir, el lector no puede eludirlas dada su riqueza).

Con ese formidable utillaje, Ugarte consigue arrojar nueva luz y crea un marco explicativo original muy *sui generis* sobre unos hechos y unos actores políticos que ya conocíamos a partir de los trabajos de otros autores especialistas en la historia de las derechas y en los orígenes de la Guerra Civil (Blinkhorn, Morodo, Aróstegui, Gil Pecharromán, González Cuevas...). Se estudia el carlismo y la acción de las derechas en su conjunto en los territorios elegidos, pero con unos presupuestos teóricos inéditos que nos acercan a una película de los acontecimientos que hasta ahora no habíamos visto.

La pregunta central a la que trata de responder Ugarte es por qué se produjo la movilización de masas que se arracimó apoyando la sublevación de un sector del ejército en 1936, y confirió de este modo a la guerra que vino después el carácter de una auténtica guerra civil. Para responder a esa pregunta, Ugarte analiza esa movilización, a sus protagonistas, el contexto territorial en el que se habían forjado y los soportes culturales (valores, costumbres, mentalidades, mitos e ideas) de los que arrancó y se alimentó su discurso político.

El análisis de aquella movilización nos hace reparar en un

universo fascinante, donde se nos ponen de manifiesto elementos tales como la importancia para la acción política de la red de lealtades personales existentes; por qué y cómo se forjaron los contactos con los militares y cómo acabarían subordinándose a los mismos los proyectos políticos de naturaleza civil; el peso conspirativo de las tertulias y de las redacciones de los periódicos derechistas; el tirón proselitista de los párrocos en los pueblos y aldeas; lo decisivo de las bicicletas en la transmisión de noticias por los caminos rurales; el toque de campanas llamando a rebato ante la proximidad de acontecimientos y peligros, como si de tiempos más lejanos se tratara... La movilización, en suma, que dio pie a ese gentío henchido de euforia dirigiéndose a Pamplona o a Vitoria a partir del domingo 19 de julio; la movilización, con su liturgia, y sus símbolos, en un clima de exaltación colectiva, impregnado de religiosidad y de misticismo, al modo de las romerías o de las fiestas propias de las comunidades tradicionales. Ahí se forjó el ambiente de cruzada («bellum justum, bellum sacrum») y la conciencia entre los sublevados de pertenecer a un ejército celestial —*la nueva Covadonga*— que iba a librar a España de esos nuevos sarracenos que había traído la II República.

¿Pero quiénes integraban ese ejército de salvación? El cuadro que nos pinta Ugarte se aleja mucho de las imágenes estere-

otipadas que heredamos del discurso político de la España republicana. Había militares en ese ejército, por supuesto. Y *clases acomodadas* (ese *establishment* heterogéneo que el autor nos desmenuza en su complejidad). Pero no exclusivamente. La de Ugarte no es ya la imagen burda de ese *bloque de poder*, trasunto de aquella *burguesía* y aquella *aristocracia financiera y terrateniente*, que tantas pasiones levantaron entre los historiadores (y aún levantan en algunos) como conceptos explicativos de todos los males en la España contemporánea. No, la sublevación de julio del 36 también tuvo sus *masas*. Unas masas donde confluyeron viejas y nuevas élites (económicas, castrenses, religiosas, etc.), pero también una nutrida representación de las clases medias de las ciudades y de los pueblos, como sectores más típicamente populares, en este caso, aunque de todo hubo, de extracción campesina más que urbana (esos modestos campesinos que añoraban el huerto o la vaca desde las trincheras). Porque, ciertamente, aquella fue una guerra civil —no una guerra de ricos contra pobres, de «los menos contra los más», como apuntó alguien— en la que los bandos se identificaron conforme a valores e ideas más que en función de antagónicos intereses sociales (aunque este elemento también jugara, obviamente, un papel no despreciable en el alineamiento político de las gentes, sobre todo allí

donde las organizaciones revolucionarias habían conseguido extender retóricas de lucha de clases).

Con ser muy ricas todas las apreciaciones que se acaban de referir, la pluma de Ugarte no se para ahí, en la inmediatez del acontecimiento —el desarrollo de la movilización y a partir de qué supuestos se originó— o en la caracterización sociológica de sus integrantes. Ugarte se pregunta también por las raíces profundas de los actores y de su acción. Lo cual le lleva a retrotraerse a otros espacios temporales: primero, los años de la República (en los que paulatinamente se fue fraguando el movimiento de reacción conservadora); después, el largo siglo XIX, donde se asentaron las pautas de esa cultura provinciana y tradicionalista (el casticismo) que, en forma de proyecto político antirrepublicano, por más que adaptado a los tiempos, volvió a salir a la palestra en los años treinta del siglo XX. La captación de ese universo cultural y social, el de las pequeñas ciudades de provincia (como ejemplo, Pamplona o Vitoria) y su entorno de pueblos y aldeas sujeto al tiempo natural y a los ciclos agrarios, es sencillamente magistral.

No hubo nada de anómalo, sin embargo, en todo aquello, si nos atenemos a otra de las tesis centrales (y más polémicas) de este libro. Porque aquella movilización antirrepublicana, y esa coalición de radicales (*movimentistas*) y conservadores que

la alentó, matices y singularidades al margen, respondieron a las características básicas de otras movilizaciones de masas y otras coaliciones nacionalistas autoritarias —antidemocráticas y contrarrevolucionarias— surgidas en la Europa de entreguerras: los *squadristi* italianos que participaron en la marcha sobre Roma; los *Freikorps* de la Alemania de postguerra; los *legionarios* rumanos de Codreanu; los *Heimwehren* austriacos; los seguidores de la *Croix du Feu* francesa; los *ustashi* croatas; la *Falanga* polaca; o incluso, entre otras manifestaciones, los nazis de Hitler. «En España jugaron las mismas fuerzas que en el resto del continente, con todas las variaciones nacionales y regionales que quieran contemplarse» (98). «No hay por qué establecer, por tanto, distinciones radicales con el movimiento general hacia el fascismo observado en la época en Europa» (página 99). El viejo continente, con esta práctica política, era un territorio más conexo y homogéneo de lo que por lo común se admite, insiste nuestro autor. En el bien entendido de que Ugarte, quizás con resignación e impotencia, o cubriéndose las espaldas para no entrar en discusiones nominalistas, hace un uso proteico y muy lato del concepto de «fascismo». Uso que se aleja de las tipologías más frecuentes entre politólogos e historiadores de las ideas: «A falta de una mejor denominación cabría utilizar el término de los fascismos, así en plural» (pág. 430).

Se comparta la tesis o no, es una forma legítima de ver el problema, con un lenguaje y unos argumentos renovados que por enésima vez dejan abierta la puerta a un debate cuyo final no parece vislumbrarse todavía. Sin duda es de

agradecer, en un medio académico como el español donde hay pocos que se muestren dispuestos a coger el toro de la discusión por los cuernos.

FERNANDO DEL REY REGUILLO

Las Obras Completas de Don Luis Díez del Corral
Cuatro volúmenes, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998, 3801 págs.

Hace ya un tiempo que circulan las obras completas de don Luis Díez del Corral, editadas por el Centro de Estudios Constitucionales. Se trata de un trabajo editorial en cuatro tomos, que suman en total tres mil ochocientas una páginas. El volumen cuatro contiene un índice onomástico y otro de ilustraciones, las cuales son especialmente útiles para las comprensión plena de algunos de los trabajos más importantes que se contienen en las obras, aquellos, concretamente, en que, como corresponde a una de las características esenciales de Díez del Corral, la forma artística sirve para explicar las ideas políticas y los procesos históricos. Esta edición continúa la Antología de Escritos de Díez del Corral, que editó Carmen Iglesias en el Centro de Investigaciones Sociológicas en 1984. Aquella selección de los trabajos de Díez del Corral estaba precedida de un estudio introductorio en forma de entrevista de la editora con el autor.

Esa introducción se ha conservado tal cual en la presente edición de obras completas, lo mismo que las noticias biográficas y ficha bibliográfica de Díez del Corral. Se trata, pues, de un nuevo hito en la labor de cuidadora y difusora del legado intelectual que de sus maestros, Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, viene cumpliendo Carmen Iglesias, la cual ha contado, en esta ocasión, con la colaboración de María Luisa Sánchez-Mejía.

La obra de Díez del Corral es la de un experto y sensible conocedor de las principales encrucijadas por las que ha venido atravesando la civilización europea y su significación para nosotros, analizadas con las herramientas y en la tradición de la historia de las Ideas. El legado clásico greco-latino, en primer lugar, con la marcada querencia de Grecia, así como su utilización y sus transformaciones en épocas posteriores de la trayectoria de Occidente. En segundo lugar, la ruptura moral, intelec-